

CONFERENCIA ETSA MÁLAGA, 14 DICIEMBRE 2020

Salvador Moreno Peralta, arquitecto urbanista

Máster Universitario en Arquitectura. Coordinador: Javier Boned Purkiss, arquitecto, profesor titular de Composición arquitectónica de la ETSA de Málaga

Podríamos escribir una historia general de la ciudad a través de sus pandemias, de sus enfermedades, desde las primeras que se tiene noticia en la Roma imperial hasta la actual de la Covid19 : la peste bubónica del imperio romano de oriente, en el siglo VI d.C, la llamada “plaga de Justiniano”, con sus dos o tres brotes posteriores, la terrible “peste negra” que asoló Europa a finales de la Edad Media (1347) que mató a 1/3 de la población europea, la temible “gripe española” de la 1ª Guerra Mundial que diezmo entre un 3% y un 6% de la población mundial, la viruela, el sarampión, el cólera y la penúltima, antes de esta del Covid, la del VIH....

El contagio de todas, por más que sus cepas hayan podido tener su origen en el campo y trasegada por mercaderes y viajeros, se ha producido siempre en la promiscuidad de las aglomeraciones urbanas. Se puede, pues, escribir una historia del Urbanismo, de la ciudad, a partir de las medidas **higiénicas** para combatir unas pandemias más mortales aún que las innumerables guerras que jalonan la historia de la humanidad.

Ya había una conciencia de higiene en el urbanismo romano, y en el musulmán y, de hecho, con todas las limitaciones técnicas del momento, siempre la hubo en la arquitectura popular. Quizás el aspecto más emocionante de la arquitectura y el urbanismo a lo largo de los siglos haya sido la constante aplicación de la sabiduría constructiva que, con los medios técnicos proporcionados por los materiales del lugar, del propio biotopo, se aplicaban a mejorar las condiciones de confort del hábitat (la vivienda y el entorno), y la prevención contra las enfermedades y las epidemias. Por otra parte, la implantación del Hombre sobre la Tierra, si no idílica, sí al menos mantenía un adecuado equilibrio con las Leyes de la naturaleza circundante. (A este respecto resulta imprescindible la lectura del famoso libro “Arquitectura sin arquitectos”, de Bernard Rudofsky y, más recientemente, la preciosa “Historia medioambiental de la arquitectura” de Eduardo Prieto)

- Sabido es que este equilibrio se rompe, o empieza a romperse, con las inusitadas aglomeraciones urbanas consecuentes a la Revolución industrial, a principio del siglo XIX; y, de la alarma generalizada por las condiciones de habitabilidad, que eran extraordinariamente promiscuas e insalubres, resurge, con especial protagonismo sobre otras consideraciones, la conciencia higienista, tanto en el diseño interior de las viviendas como en la planificación de las ciudades. Todo el urbanismo moderno, desde sus orígenes con el Plan Cerdá y las propuestas del socialismo utópico hasta el movimiento Moderno, la carta de Atenas y el urbanismo funcionalista, puede explicarse en esta clave. (Y aquí, entre otras muchas publicaciones, podríamos remitirnos a “Orígenes del urbanismo moderno” de Leonardo Benévolo, y “Ciudades del mañana” de Peter Hall).

- La Covid19 no es, pues, la primera pandemia conocida de la historia, pero sí es la primera de **carácter planetario**, y no es difícil establecer un vínculo entre la extensión del contagio y la fragilidad de una sociedad conceptualmente urbanizada en su totalidad, concentrada en unas megalópolis cuya saturación nos sitúa **ante la primera gran crisis de lo urbano**, después de que la ciudad haya paseado su triunfo a lo largo de la historia. La Covid19, pues, nos ha obligado a reflexionar seriamente sobre la responsabilidad que la propia CIUDAD ha tenido en esta crisis, algo que involucra al sistema político, al económico, al productivo, al social...pero de una manera muy especial, nos concierne a urbanistas y arquitectos.

- La ciudad, el primer y gran invento del hombre junto al lenguaje y el derecho, afronta hoy una triple embestida:

1) **La desmesura del proceso de metropolización.**

2) **La necesidad de buscar un punto de coexistencia con esa otra ciudad, la del espacio de los flujos, la de las redes en Internet.**

Y 3) **La insostenibilidad del sistema económico planetario sobre el que la vida actual se sustenta.**

Intentemos resumir esto.

La hipótesis es que, si abordamos resueltamente estas cuestiones, podremos transformar esta **crisis en la oportunidad** de que vuelva a surgir de ella otra ciudad, pero renovada y otra vez triunfante. Y, como digo, en esta tarea los urbanistas y los arquitectos tenemos mucho que decir si volvemos a asumir el papel del que poco a poco hemos ido claudicando, que es el de tener una visión global e integral sobre unos problemas que hay resolverlos en la complejidad de su conjunto (sociales, económicos, estéticos, constructivos...) y no en la fragmentación y reducción de sus visiones sectoriales.

- Empecemos por la desmesura de la metropolización:

A) La metropolización intensiva y extensiva del planeta, con aglomeraciones urbanas que por sí solas tienen el tamaño de países, había llegado a un punto de bloqueo en el que la ciudad ya no podía dar las respuestas que ha estado dando a lo largo de sus más de 5.000 años de historia: protección, seguridad, fecundidad entre diversidades, oportunidades, conocimiento, plasmación de ideales democráticos, etc. Por un lado:

a) la inmensidad de la huella urbana supera la capacidad de comprensión de la ciudad por sus habitantes, incluso su misma gobernabilidad.

b) el consumo de energía de esos hervideros humanos que son las más de treinta ciudades conurbadas que alojan el 65% de la población mundial, no puede abordarse con los recursos disponibles.

c) esas aglomeraciones desbordantes anulan las sinergias ventajosas de las tradicionales economías de aglomeración que siempre han ofrecido las ciudades, ahondando esa brecha social entre ricos y pobres que parece ya ser algo natural en la condición urbana. La competitividad inserta en la matriz de lo urbano llevaba mucho

tiempo generando guetos, diferencias, inseguridad, comunidades cerradas, miedo a la inmigración, etc, y todo ello traducido en una segregación social de los espacios que no nos permite ya exhibir “**El triunfo de la ciudad**”, sino “**La ciudad de los triunfadores... y los perdedores**”.

No parece haber dudas de que la contaminación por el gigantesco consumo de energía obtenida de la combustión de recursos fósiles, es el principal causante del calentamiento global. Hay que celebrar a este respecto los adelantos mundiales en la generalización del “pensamiento verde”. Una de sus consecuencias es el desarrollo de una floreciente industria basada en la aplicación de avances tecnocientíficos al funcionamiento de las infraestructuras urbanas y domésticas, las llamadas “smart cities” o “ciudades inteligentes”, con el objetivo de lograr la máxima eficiencia funcional con el máximo ahorro energético. Esto estaría muy bien si no fuera porque las tecnologías “smart” son las terminales de grandes empresas transnacionales que las detentan en régimen de monopolio, casi todas de origen norteamericano, que han logrado introducirla con carácter normativo en las legislaciones medioambientales del mundo occidental. En cualquier caso, si para limpiar nuestra atmósfera de CO2 y NO2, si para ver delfines en nuestros puertos y patos en nuestras calles **hizo falta nada menos que un confinamiento global y una paralización universal** de las ciudades, es ingenuo, si no falaz, intentar combatir la metástasis del modelo urbano con “aspirinas” de eficiencia energética.

Porque el reto hoy es de mayor calado y exige atacar el problema en su raíz, que es la **insostenibilidad de las aglomeraciones** y las formas de vida que en ellas se dan. Y esto es algo que nos afecta de una manera muy próxima. Recordemos que días antes de que la pandemia reclamara la atención mundial, el problema que teníamos encima de la mesa era el de una España interior despoblada por la atracción de las aglomeraciones metropolitanas. Las reflexiones que la Covid19 ha suscitado sobre el incierto futuro trae de nuevo el problema al primer plano. Si la Revolución Industrial a principios del siglo XIX indujo un proceso de abandono del campo y concentración en las grandes ciudades, ahora con el temor general a un contagio incontrolado y con la Revolución digital puede producirse una corriente inversa.

Intentemos explicarlo más claramente con el caso concreto de Málaga.

Málaga capital, sin dejar de ser lo que es, podría “esponjarse” hacia los hermosos pueblos de sus comarcas, la Axarquía, la Sierra de las Nieves, el Guadalhorce..., siempre que estuvieran plenamente interconectados entre sí física pero, sobre todo, **digitalmente**, como una saludable alternativa **residencial y laboral** absolutamente integrada en la dinámica de la vida cotidiana: Estos lugares podrían aportar unos nuevos “**caladeros de productividad**” si, mediante la innovación tecnológica, “ *se reinventaran alternativas propias para la revitalización de las economías locales, proporcionando con ello más autosuficiencia, cohesión social, democracia y protección ambiental que las que les puede ofrecer el reino de las multinacionales*”, como escribe el sociólogo hispano estadounidense David Hammerstein.

Con ser todo esto importante, lo fundamental de este enfoque es la repercusión que esta decisión de política económica tiene **sobre una nueva concepción del territorio**. Estamos ante el alumbramiento de un nuevo modelo territorial de “**ciudad-región**” (1)

que imbricara estrechamente a la capital con su área: hablamos de un concepto geográfico y económico, moderno y abierto, que englobara en una misma lógica, como un manantial de riqueza con distintos veneros, a la conjunción de la realidad estrictamente metropolitana y las **“descompresiones” de sus pueblos y ciudades medias. Aquí la ciudad es YA el territorio y viceversa**, extrayendo de esa simbiosis toda su potencialidad. De esta forma:

- a) la **digitalización contribuiría a la democratización del territorio**, equilibrado en su distribución de rentas mediante la interacción de sinergias productivas.
- b) así planteada, esta concepción geográfico-digital, en la que todos los núcleos estarían trabajando en red, reforzaría **el protagonismo de los Ayuntamientos en el reparto del gasto público en concordancia con las responsabilidades que afrontan, hoy muy por debajo del porcentaje de otros países de nuestra órbita europea.**

Podemos extraer de lo dicho conclusiones de validez general. **Sabemos que un país sólo está en la senda de la riqueza y el progreso si está territorialmente equilibrado y estructuralmente vertebrado** (es decir, sin diferencias geográficas o poblacionales que den lugar a su vez a discriminaciones en los niveles de renta y oportunidades) **y la vertebración, antes confiada a las comunicaciones físicas, ahora se encomienda TAMBIÉN, y muy fundamentalmente, a las comunicaciones digitales. Pero más allá del re-equilibrio demográfico, el re-equilibrio social pasa por eliminar otro tipo de brecha anímica muy profunda y consolidada, que sigue subsistiendo ligada al contraste entre los conceptos de Centro y Periferia.** Por mucha conexión que exista, por mucho que se generalice el teletrabajo, y por mucha simultaneidad en el flujo interactivo de la información, las grandes urbes seguirán generando la irresistible atracción de la aglomeración física, movida por la inercia de la **cultura de masas, significativo del consumo**, que es uno de los motores de la economía capitalista; y si antes había una brecha entre **modernos digitales y catetos analógicos**, ahora podrá seguir existiendo otra brecha, pero entre **modernos digitales y catetos... igualmente digitales**, pues la cobertura generalizada del 5G en el territorio no determina por sí sola la superación social entre lo capitalino y lo periférico. De ahí que, para su materialización, la idea de **Ciudad-Región** implique **interiorizar políticamente la conciencia de una comunidad integrada**, lo cual no es fácil en un país tan proclive a su fragmentación cantonalista.

Pero esta valorización de la España periférica (despoblada, agraria y olvidada) no es sólo importante en sí misma por las razones aducidas, sino porque el ejemplo de sus formas de vida nos ilustran de cómo interpretarlo **EN las ciudades, cómo compaginar el ejercicio de la ciudadanía en la presunta contradicción entre los mundos paralelos de la ciudad analógica y la ciudad digital.** (Dicho de otro modo, sabemos qué es un ciudadano en la ciudad histórica, en la ciudad física o analógica; pero ¿sabemos qué es un ciudadano en la ciudad digital?)

B) Sigamos con la cuestión de los dos planos de nuestra realidad cotidiana: la física y la virtual. Muy probablemente los jóvenes no tengan ningún problema en vivir con una absoluta normalidad esa dualidad entre ambos planos porque han nacido inmersos en

la cultura digital y tienen absolutamente interiorizada la coexistencia entre esos dos mundos de la manera más natural posible. De todas formas la cosa tiene su calado, porque incide sobre la manera de organizar la vida en las grandes metrópolis, empezando por hacer una reflexión importante: durante milenios, la “polis”, esto es, la ciudad física, la de sus límites reconocibles, la “ciudad de siempre”, ha sido el albergue de la “cívitas”, esto es, de la vida social y en convivencia que la polis ha propiciado: las leyes, el derecho, el carácter, la singularidad de los lugares, la memoria, las formas de coexistencia en armonía...en suma, ha sido en contacto estrecho y cotidiano con la ciudad física y tradicional **como históricamente el ser humano ha ido moldeando su condición ciudadana. Somos ciudadanos libres- sujetos y objeto de derechos- porque somos hijos de una ciudad física y reconocible.** Pero hoy nos preguntaríamos ¿cómo pueden ejercerse esos derechos de ciudadanía, como se reconoce uno como ciudadano cuando, a) la ciudad se expande en una aglomeración inabarcable ; y b) cuando gran parte de nuestra vida cotidiana la desarrollamos en un invisible espacio informacional, el espacio de los flujos, y cuando gran parte de nuestras relaciones- si no todas- las hacemos hoy a través de las prótesis de los tablets, los ordenadores y, sobre todo, de nuestros teléfonos móviles?.

Aun viviendo en una metrópoli inabarcable el ciudadano no debe sentirse extraño dentro de ella porque la ciudad está obligada a procurarle espacios con los que pueda restablecer los valores tradicionales de lo urbano, de forma que el plano, digamos, anímico, de la ciudad digital tenga su correlato en el plano tangible de la ciudad física. Más claramente: que tras dejar el ordenador que minutos antes nos ha conectado con el universo, podamos volver a la estimulante aleatoriedad de la calle, hacia esos lugares comunales en los que nos juntamos con nuestros semejantes para compartir con ellos nuestras alegrías y nuestras inquietudes, restableciendo la comunicabilidad física sobre la obsesiva comunicabilidad digital. No es nada nuevo: si nos fijamos, trata de la vida de los **barrios tradicionales** (que ahora la cursilería rampante llama la ciudad de los 14 minutos), y que no es otra cosa que un trasunto de esa vida de los pueblos y núcleos **tradicionales** hacia los que ahora se vuelve la mirada. La **tradición** no es una ideología reaccionaria: **es un islote de presente situado entre el pasado de nuestra vida y el futuro de nuestros anhelos,** en el cual no debemos sentirnos como náufragos. Nuestra vida, hoy, se desarrolla simultáneamente **tanto entre el pasado y el futuro como entre la ciudad digital y la ciudad tradicional,** sin caer en la esquizofrenia y sin que podamos prescindir de ninguna de las dos. Pero para que la ciudad tradicional siga siendo la ciudad de siempre y sus habitantes quieran seguir disfrutando de la plenitud de los derechos de ciudadanía **no pueden ser analfabetos en el lenguaje de hoy, porque el analfabetismo siempre produce ciudadanos de segunda categoría.** Por otro lado, para que en la ciudad de siempre sigan subsistiendo los elementos que la caracterizan, es decir, las librerías, las tiendas de alimentación, las ferreterías, los bares y **todo ese mundo de pymes y de proximidad física** que indefectiblemente nos siguen enraizando a la vida, es **necesario que esa ciudad “se digitalice”,** porque de lo contrario está condenado a morir, y muy rápidamente.

Afortunadamente es un hecho creciente la extensión global de la digitalización, que permite aplicar innovación a toda la cadena de valor del comercio minorista, con plataformas que le ayudan a utilizar las mismas armas con las que, de una manera

hasta ahora desigual, juegan los grandes monopolios, con el uso del Big Data y el marketing digital. Se produciría así un efecto paradójico: que la digitalización fuera fundamental para que no desaparecieran las tiendas y, con ellas la vida de esos barrios. Dicho de otro modo, **digitalizar lo cotidiano para salvar la tradición.**

Y por último, una consideración final sobre la insostenibilidad del modelo de producción global y sus consecuencias urbanas.

El sistema capitalista, que es como una atmósfera que se respira, se mueve con tres motores hoy dañados seriamente por haberse pasado de revoluciones: **la competitividad, el consumo y el crecimiento.**

Con Internet, el principio de la **competitividad** ha desembocado de hecho en una práctica monopolista global y transnacional, que antes sólo era imaginable en un escenario de **totalitarismo político**. No deja de ser desolador ver cómo Internet, que posibilita la máxima extensión y democratización del conocimiento, esté siendo utilizado para crear un sistema cerrado de monopolios a partir de la extracción masiva de información a los ciudadanos. (Google, Amazon, Facebook, Intel, Apple, etc) **Y que nuestra pobre democracia, como una barquilla desarbolada, esté navegando hoy entre las tormentosas aguas de un nuevo totalitarismo político-se llame neofascismo, neocomunismo o populismo- que no es más que el trasunto en otro plano de los totalitarismos económicos que ejercen los gigantes tecnológicos;** y convengamos con Karl Popper, que tan detestables son los unos como los otros.

Por su parte el uso planetario de los dispositivos móviles, como prótesis tecnológicas, permite la obtención de unos beneficios incalculables al favorecer el **consumo** adictivo de bienes en un mercado infinitamente fragmentado de productos, cuya fabricación está esquilmando materias primas no renovables.

Y en cuanto al **crecimiento**, hoy un capitalismo hiperliberal sin contrapesos keynesianos está montado sobre ese caballo desbocado que encomienda la generación de riqueza sólo al crecimiento **expansivo**. Pretender cambiar el modelo de producción capitalista nos llevaría a una actitud estéril para la galería. Pero lo que sí parece urgente es atajar la hipertrofia de sus excesos. En este sentido parece lógico propugnar, a partir de las **posibilidades de la digitalización**, una especie de “**parada biológica**” que convierta en **MODELOS DE NEGOCIO** fórmulas de desarrollo que no impliquen necesariamente un **crecimiento expansivo, sino “implosivo”**, como una vuelta de la mirada hacia lo existente, abordando todo aquello que lleve el prefijo “**RE**”

Y aquí es donde urbanistas y arquitectos encuentran el terreno para desplegar al máximo su específica capacitación profesional.

Por ejemplo:

- **RE- ADAPTAR** la propia vivienda a la verdadera demanda social, al poder adquisitivo de unos arrendatarios o compradores expulsados del mercado, y la reincorporación al diseño de todos aquellos aspectos constructivos que la arquitectura tradicional siempre había tenido en cuenta, como una conciencia instintiva de sostenibilidad y ahorro energético con respecto al entorno ambiental. Esto es si cabe, más importante aún que la incorporación de los adelantos técnicos y el cumplimiento de los

certificados técnicos de eficiencia energética, (LEED, BREAM, PASSIVHAUS, etc). Nadie puede oponerse a los adelantos tecnocientíficos y a las infraestructuras urbanas y domésticas, las llamadas “smart cities” o “ciudades inteligentes”, con el objetivo de lograr la máxima eficiencia funcional con el máximo ahorro energético. Nadie puede oponerse a estos avances, **pero confiar en que sea una sofisticada técnica la que solucione lo que antes no ha sabido solucionar la arquitectura por sí misma es una forma de perpetuar el derroche en beneficio de los monopolios tecnológicos.** Nuestra época lo había confiado todo a la norma, al Código Técnico, a la burocracia y al exhibicionismo tecnológico, y de repente viene un virus invisible y nos da una cruda lección de humildad. Y a los arquitectos, sobre todo, porque ofuscados y fascinados por esos exhibicionismos tecnológicos se nos olvidó profundizar en la **investigación estrictamente arquitectónica**, que era el territorio propio de nuestro quehacer profesional. Podemos hoy criticar los dogmatismos del Movimiento Moderno e incluso celebrar que gran parte de su aportación, sobre todo en el terreno del urbanismo, no se hubiera realizado....pero aún en esos casos el Hombre estaba en el centro de su inquietud profesional y disciplinar. (Recordemos a este respecto, la referencia antropomórfica del Modulor de Le Corbusier, heredero del humanismo de Vitrubio, Da Vinci o Alberti)

Hasta el confinamiento, el usuario de la vivienda no había tenido ocasión de reflexionar en profundidad sobre las cualidades del espacio en el que vivía. De alguna forma sus necesidades espaciales y arquitectónicas, en tanto que DEMANDA, ya habían sido condicionadas por la OFERTA. Sabido es que **en la sociedad de consumo el primer producto es ya el consumidor**, previamente moldeado de una manera persuasiva por la publicidad para que nos demande lo que la promoción ha querido que le demanden. Para ser más concreto: antes que la digitalización, el 5G, el BigData y la domótica nos programen el encendido de las luces, nos levanten las persianas o nos regulen el aire acondicionado habría que recordar de nuevo que la vivienda ni es una máquina ni la fría concreción de una norma burocrática. **La vivienda es algo destinado a cobijar la complejidad de la vida, no a coartarla. Y el confinamiento nos ha hecho tomar conciencia de que no vivíamos conforme a nuestras necesidades reales sino dentro de un producto impuesto y coactivo.** Creo que tendría que haber un gran acuerdo entre la Administración, el Consejo Superior de Arquitectos y otros colectivos profesionales para RE-ADAPTAR la legislación vigente, en sus aspectos técnicos, normativos y financieros, que tuvieran en cuenta varias de las cuestiones que la pandemia y el confinamiento han puesto en evidencia. Yo creo que esta es una de las cosas que van a cambiar. Y no sólo en los criterios de promoción sino en los criterios rígidamente normativos a cuyo emparo se proyectan las viviendas. A saber:

- **adaptación y flexibilidad normativa:** ni el espacio, ni la geografía, ni el clima, ni las costumbres son las mismas. Cuántas veces una misma comunidad dentro de una ciudad ha establecido sus propias normas consuetudinarias de implantación, al margen de las pretensiones normativas. (Pensemos, por ejemplo, en el “efecto contagio” que para construir las viviendas se producen en comunidades como “Mangas Verdes”, por ejemplo, regidas más por la autoconstrucción que por unas normas que acaban siendo testimoniales)

- **distribuciones flexibles** para que el usuario pueda adaptar y personificar sus viviendas, de acuerdo con sus circunstancias, gustos y necesidades e incluso un cierto proceso evolutivo de la propia familia.

- **recuperación del prestigio perdido de muchos de los criterios higienistas** de los pioneros del movimiento moderno (e incluso de la misma arquitectura popular) en cuanto a orientaciones saludables, soleamiento, ventilaciones cruzadas y los espacios versátiles y multiusos. Las cocinas integradas con el salón; espacios de lavado más grandes, vuelta otra vez a la utilización de las terrazas que antes sistemáticamente se cerraban, no por gusto, sino para lograr unos metros más de un siempre insuficiente espacio vital.

- **El trabajo en casa**, que ya se estaba realizando habitualmente, ahora será una necesidad ineludible, incluso con su propio status, lo que va a exigir un lugar específico o integrado con otras estancias de forma que las demás funciones sean compatibles y no excluyentes

- que **los espacios comunales y teóricamente “perdidos”** y superfluos, es decir, esos espacios que no pertenecen estricta y normativamente a la vivienda son, precisamente, los elementos diferenciadores de la calidad de un producto inmobiliarios, como las galerías, los patios de relación – y no solo de ventilación- y las terrazas, lugares de una vivienda colectiva que incitan a la socialización vecinal. Dicho de otro modo : “qué NO es estrictamente vivienda en lo que oficialmente es un bloque de viviendas”.

- Ser conscientes de que **el lujo es el espacio**, pero más que en su magnitud, en su racionalización, es decir, en la perfecta adecuación a las necesidades del usuario y su concepto del confort. De ahí que puedan habilitarse tabiques móviles o paneles correderos, plegables o cualquier sistema que permita un razonable margen de adaptabilidad interior de la vivienda, desde la compartimentación que garantice la máxima privacidad hasta la planta libre con usos integrados.

- **RE-CONSIDERAR LAS TIPOLOGÍAS RESIDENCIALES** hacia conjuntos multiusos y multifuncionales. **La solidaridad que ha aflorado con la pandemia**, el apoyo mutuo y la propia complejidad en la composición social de las ciudades y sus barrios, exige combatir resueltamente la segregación de los espacios. **Debería existir, de una manera generalizada, edificios de viviendas multigeneracionales y multifuncionales, en los que, utilizando un tipo de vivienda muy similar en su composición interna, convivieran jóvenes con ancianos en un aprendizaje mutuo, la digitalización de unos con la experiencia de otros.** Y todo ello con espacios propicios para la socialización y el trabajo conjunto, libres o cerrados, para talleres, cursos, aulas, conferencias, fiestas, etc.

- **RE-CONSTITUCIÓN COMPLETA DE BARRIOS EXISTENTES EN SU FUNCIONALIDAD Y ESTÉTICA.** Aprovechando múltiples líneas de financiación para la mejora energética de inmuebles es posible también acometer una mejora estética de los mismos, sustituyendo viejos materiales de fachada, ineficaces y gastados, por otros nuevos de buena apariencia y eficiencia térmica. **Hay que tener en cuenta que muchos barrios perfectamente equipados de nuestras ciudades se siguen considerando**

peyorativamente periféricos sólo por el simple hecho de su fealdad, la AUSENCIA DE BELLEZA, que parece reservada a un concepto excluyente de centralidad: la “FEALDAD” como un factor determinante de la peyorativa condición periférica.

- **RE- CUALIFICAR LOS ESPACIOS PÚBLICOS EXISTENTES:** El espacio público no es sólo el resultado de la aplicación de una ordenanza o un estándar contenido en las normas de los planes urbanísticos. **Michel de Certeau decía que el espacio público es un lugar “practicado”, un escenario destinado a instaurar una vida pública. El compromiso de diseñar esos espacios públicos es, pues, enorme, porque es con respecto a ellos,- las calles, las plazas, las esquinas y los paseos- como los habitantes de una ciudad moldean su condición ciudadana en su roce cotidiano.** Ante tal confluencia de voluntades hay quien piensa que esos espacios son, en el fondo, “no lugares”. Yo creo que, por el contrario, esos espacios están cargados de “esencia de lugar”, que es algo que todos contribuimos a materializar de una manera que es individual y, al mismo tiempo, colectiva. Esto es importante: **cuando se diseña un espacio público hay que tener en cuenta que en gran medida “ya” ha sido diseñado por cada uno de nosotros.** El diseñador o el urbanista, pues, tiene que tener una exquisita sensibilidad para sintonizar con esa esencia a la que nos referimos de manera que, sin renunciar a exhibir una creatividad que es un testimonio de respeto hacia el lugar, **consiga que ese espacio se instale de una manera rápida y jubilosa en la cotidianeidad que va “amasando” día a día la memoria colectiva.** El espacio público, ya sea una calle, una plaza o una zona verde, acaba siendo el más potente factor de identificación de un barrio consigo mismo. Cabe imaginar aquí modestos, pero eficaces **PROGRAMAS DE ACTUACIÓN SOBRE PEQUEÑOS ESPACIOS REPARTIDOS POR LA CIUDAD,** que demuestren una actitud estética y de respeto, más allá de su estricta consideración asistencial.

- **RE- CONFERIR CARTA DE NATURALEZA URBANA** a nuestro polígonos industriales, que no son tales sino más bien logísticos a pequeña escala, espacios “urbanoides”, que no llegan a adquirir su completo status de urbanos, espacios “claudicados”....Deberían poder albergar equipamientos, guarderías, restaurantes, comercios, usos, terciarios, incluso viviendas ligadas al trabajo...dignificando, en suma, unas áreas que parecen haber quedado fuera de la lógica urbana, a pesar de ser los lugares en que la población laboral pasa la mayor parte de su jornada de trabajo.

- **RE- PENSAR** el territorio, no como una dicotomía aglomeración- campo o entre centro- periferia, sino como dos mundos complementarios integrantes de una misma realidad de ciudad región, gracias a la extensión de la digitalización y el 5G hasta el último rincón provincial. Pensemos una idea de ciudad nueva, una ciudad-territorio,- en esa **ciudad- región** a la que nos hemos referido, en la que Málaga, por ejemplo, fuera el barrio principal entre el resto de esos otros “barrios” que serían sus pueblos, configurando un ente enriquecido social y productivamente con la rica aportación de sus recursos y diversidades.

En fin, podíamos seguir hablando de un futuro **“en RE sostenido”:** reurbanizar lo mal urbanizado, rehabilitar lo deteriorado o lo mal construido.... **como una forma de incorporar a la lógica empresarial** la idea de una especie de **“regeneración universal”** en la cadena de beneficio con unos objetivos y unos resultados que en principio están orientados hacia una mejora de nuestros entornos, en una acepción verosímil- y no

sólo “buenista”- de la sostenibilidad. **Dicho de otra manera: generar riqueza mejorando lo existente.** La clave de la economía ha estado siempre en la ecuación virtuosa de una oferta bien adaptada a la demanda, y hoy la demanda va a ir forzosamente por ahí; luego bueno será que, con la técnica del judoka y la ayuda de la digitalización, el sistema convierta en beneficiosas las fuerzas incontenibles de una sociedad que después de la pandemia universal ya no volverá a ser la misma. Una sociedad en la que, como vemos, es la última oportunidad para que los arquitectos – y urbanistas- vuelvan, además, a recuperar su papel, desde una preparación académica y disciplinar que les permita desarrollar las capacidades para la que se supone que han sido preparados y que la complejidad de la ocasión requiere.

Salvador Moreno Peralta, arquitecto urbanista

- (1) El concepto de **Ciudad-Región**, acuñado por el geógrafo francés Jean Gottmann en los sesenta del siglo pasado, hacía referencia a las megalópolis que estaban en trance de crearse mediante la conurbación de grandes áreas metropolitanas. Hoy hay decenas de ellas (El Nordeste americano con Hartford, Nueva York, Filadelfia y Nueva Jersey, el Randsatdt europeo desde Londres hasta Milán pasando por los Países Bajos, el Pacific Rim, París, Moscú, Buenos Aires, y las megalópolis asiáticas). Aquí se hace un intento de aplicar el concepto a una escala completamente diferente, como forma de que las ciudades medias, como Málaga, encuentren su “nicho de competitividad”, productividad y riqueza en el implacable marco de la globalización sin necesidad de aducir para ello una demografía apocalíptica.